

Mar Cantero Sánchez



MI MOMENTO

Favorita

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com (917021970 / 932720447)

Título: Mi momento favorito

2015 Mar Cantero Sánchez

www.marcanterosanchez.com

Diseño cubierta: *hotericacover*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Mi momento favorito

Mar Cantero Sánchez

Si se tocaba la piel, la sentía pegajosa. No se había tocado durante todo el verano salvo para darse crema y sentirse más pringosa aún. Quizá por eso en esta, se sentía más necesitada de caricias que en cualquier otra época del año. Entre el dulzor amargo del chocolate y la sombra gigante del monumento sobre la plaza, que miniaturizaba los otros edificios y empequeñecía el mundillo de turistas, y romanos disfrazados de romanos, que atrapaban su atención con un... *¡Señorina, prego!...* para lograr la consabida foto junto al centurión; el agua de la fuente salpicada de palomas; el gato zalamero tumbado sobre un charco, con la barriga blanca y negra al fresco; el ir y venir del camarero enérgico con delantal blanco y cortito, sobre los vaqueros gastados; María se sintió presa de la modorra que tanto agudizaba en esas horas de sobremesa, en su lejana España.

Madrid, pensó, y se sintió demasiado cansada para su ciudad en aquel momento. Dudó si regresaría alguna vez. Más aún tras la noche pasada, tras el día y la noche completos. ¡Hacía tanto tiempo que no le veía! Madrid, pensó de nuevo. La última vez fue allí, en el frío invierno. En el frío disimulo y la ocultación del deseo de sus cuerpos. En ese gélido fingir al que se habían acostumbrado y que ella, ya no soportaba. Apenas se tocaron, como siempre. Unos besos robados tras una puerta entreabierta, unas caricias aprovechadas al máximo y dependientes del tiempo que pasa, irremediablemente mucho más rápido en su ciudad natal que en cualquier otro lugar del mundo que conocía. No sabía por qué, pero así le parecía.

Roma, pensó regresando al presente con alivio. El Panteón continuaba frente a ella con su magnitud aterradora, con su recuerdo nocturno y fresco. Habían paseado juntos la noche anterior por entre sus columnas. Abrazados, él presionaba su cuerpo contra el suyo, aplastándola en uno de los pies colosales, como quien esconde algo, como quien oculta y protege alguna cosa para que nadie se la robe. Ella sentía su espalda al aire contra la fría piedra, encantadora, cómo los huecos de su cuerpo acogían los salientes del cuerpo del hombre al que tanto deseaba. En uno de esos momentos, un instante siquiera en el que pudo apartar de la mente el deseo y el ansia que le provocaba su propia boca, húmeda y

pintada de frambuesa, abierta, esperando los labios de él pequeños y finos, su lengua moviéndose alrededor de la suya. En uno de esos instantes se preguntó cuánto se puede desear a un hombre. ¿Qué tamaño o qué cantidad? Su deseo sobrepasaba todas las dimensiones posibles. La cuarta, la quinta, las que existieran bajo la fatua oscuridad del viejo edificio.

Ahora estaba más delgada, había perdido un par de kilos, lo suficiente como para notar los huesos de él pegados a sus caderas. Un sabroso y menudo dolor le hizo brotar un gemido que le subió desde el pecho. El la miró con sus ojos marrones entornados, que le gritaban el ansia de posesión que sentía hacia ella, siempre que estaban juntos. Con su boca entreabierta preguntándose todo, tragándose la saliva, apartó un poco la cara para verla mejor y sonrió, él siempre sonreía cuando se daba cuenta de que le había provocado algún placer, de cualquier clase y de cualquier forma. Con el respeto de quien ansía el cuerpo de otro ser y al mismo tiempo, entrega el suyo. Ella sonrió también.

No te apartes... susurró. No, ya habían estado siempre demasiado lejos, separados por kilómetros, por ciudades y montañas, por idiomas, culturas y gentes diferentes. *No te apartes nunca más...* añadió con la voz de su corazón. No se lo dijo, él no lo oyó. Ella no quiso que él lo oyera.

Volvió a presionarla con su cuerpo, ella abrió sus piernas para recibirle. Podía haberle hecho el amor allí, podía haber levantado su falda y desabrochado sus pantalones, mientras escuchaban los pasos de algunos caminantes noctámbulos, de ladrones en busca de víctima, de los carabinieri a la caza de una pareja que, como ellos, diera escándalo público. Al fin y al cabo, Roma seguía perteneciendo a Italia. Y ellos permanecían ocultos bajo la protección de aquella hermosa frialdad. Pegados el uno al otro, al frescor de las columnas de piedra. Escondidos en una sombra, de entre las demás sombras de la noche. Frente a la plaza vacía y callada, con el agua de la fuente dormida.

No le hizo el amor porque él sabía que con ella siempre era diferente y quería que lo siguiera siendo. Descansar, ¿para qué? Llegar juntos al orgasmo para después, ¿desearla aún más? No. La duración del placer dependía de lo que uno supiera y quisiera hacer con

él. El suyo, el que sentía por aquella mujer, pequeña, bella y graciosa, era inabarcable como toda Roma con su antigüedad y su historia. Siempre había sido así desde la primera vez que la viera y la escuchara. No iba a aminorar, ni siquiera temporalmente, la satisfacción que le producía poseerla con lentitud. Darse a ella por entero, sin tiempo ni lugar. Él sabía que ambos seguían un camino distinto. Sabía además, por su mucha experiencia, que con las otras solo había perseguido, todas las veces con fijación del todo animal y a un mismo tiempo humana, el fin, la meta, el placer final y después, el relajo. Con ella, sin embargo, nunca quería descansar porque nunca se sentía cansado, ni satisfecho jamás, aunque llegara al momento en el que desaparecían de su mente todos los mundos, nunca se sentía colmado. Quería más, y después más, mil y una vez, si hubiese sido posible.

Ella, tan manejable, tan tierna, tan sabia, inocente y joven, tan instintiva. ¿Qué le ocurría con aquella mujer? Se lo había planteado a ella, alguna que otra vez, pero nunca había obtenido respuesta. Quizá era esa sensación de la percepción del descontrol, o mejor dicho, de la ausencia de control por parte de la mujer sensual y dulce que se estremecía con cada uno de los poros de su piel. Nunca controlaba un sólo movimiento ni expresión, demostrándole, todo. Era en sí misma y por sí misma, como escuchó decir en una ocasión a alguien que le habló de Dios.

Apartó despacio su boca, se despidió con su lengua lentamente, cariñosamente, para no dañarla con el paréntesis que había decidido hacer. Su pecho femenino, agitado por la respiración, subía y bajaba deprisa, los pezones duros le seguían acariciando con paz tras la tela del vestido. Intuyó su desnudez. ¡Como volver a menguar ahora lo enorme!, se preguntó con una sonrisa. Ella lo supo. El quería esperar a llegar a la casa. Ella también. Como nunca habían hecho. Sin tiempo, o mejor, sin pensar en el tiempo. Torturándose en el gozo de la espera. En la espesura de sus voces bajas, junto al oído. Le escuchó decir... *¿Qué me pasa contigo? Dime...* esbozando una sonrisa... *¿Qué me haces tú?...* con su acento de tantos viajes y su castellano mal pronunciado. Palabras chapurradas en un idioma

de no sabía ya donde. La respuesta era, su cuerpo. El la encontraba allí cada vez que la buscaba. Siempre.

Cogió su mano, enlazó sus dedos excitándose de nuevo, la arrastró de allí. Se arrastraron ambos por entre las calles. *María* de Santana llegó débil hasta sus oídos, al doblar una esquina desde alguna puerta abierta al verano nocturno, en aquella Roma eterna de pueblo y portal, de mercado, de gato y de gritos de “la mama” con bigote. Su Roma, desde que la pisaran por primera vez. Primero separados y con otras compañías, ajenas a la pasión que circulaba ahora entre las calles empedradas cercanas al Panteón, que quedaba solo, desconsolado, sin poder disfrutar del amor de los dos a su amparo. El alma de Agripa se lamentaría aquella noche, ansiando sentirse vivo.

...*Mi María...* le dijo mientras subían la escalera hasta el ático. Su vestido sólo la rodeaba, le cubría dócilmente el cuerpo de cualquier mirada, nada más, no ocultaba nada porque nada había que ocultar. Le pareció perfecta y seguramente no lo era. Claro que no, pensó, nadie lo es, pero poco le importaba. Lo que sentía dentro de él, era sólo por y para aquella mujer. No había vuelta atrás, no había comienzo. El fin, ¿qué sabía él cuando llegaría? A veces le dolía por dentro, pero no aquella noche para disfrutarla como nunca lo habían hecho.

Cuando ella abrió la casa, tenía aún la llave en su mano, él se la quitó, tirándola al suelo. La puerta se cerró de golpe. La terraza estaba abierta, la luna iluminaba las sábanas blanco azuladas. La abrazó, la cogió, cargó con ella sin sentir su peso hasta la cama. Se la puso encima, ella empezó a serpentear sobre él con todo su cuerpo, rozándole entero. Podría haberle quitado el vestido de un soplo, pero no quería, prefería alargar cada momento, cada segundo tocando la tela que se derramaba sobre él. Ella se dio la vuelta, su rostro miraba al techo, él lo acariciaba suave, terso como el de un bebé. Su piel fina como el satén, toda ella como una niña sin serlo. Abría sus piernas tumbada sobre él, con la espalda sobre su pecho, abría sus brazos para enredar sus dedos entre sus cabellos suaves y canos, para meterlos después en su boca con sus uñas pintadas de rojo. El rodeaba con sus brazos la estrecha cintura, con sus manos apoyaba su fuerza en las caderas, acariciaba su

ombbligo que le enloquecía. Lamentó no haber podido llevárselo a casa como un suvenir. La palma de sus manos cubría sus pechos, sus pezones con las yemas de sus dedos, con todas y con todos, pero él quería más, quería sentir sus pechos con sus brazos, con su boca, con todo su cuerpo. Se arrastró bajo ella y la dejó descansar en la cama.

Se quitó los pantalones mientras ella le desabrochaba la camisa, sonriente, juguetona. *Mi gato...* dijo él riendo. Rió con una carcajada porque todo su ser se sentía alegre. Ella estaba allí con él al fin, solos y sin tiempo, sin miedo a ser descubiertos, con la luna como cómplice y testigo.

Se levantó. Comenzó a empujar la cama hacia la terraza, mientras reía desatado por una carcajada de loco maravilloso. Ella rió con fuerza también, tendida sobre las sábanas mientras él empujaba. Eran dos locos, siempre lo habían sido y siempre lo serían cuando estuviesen juntos, porque la locura es así, o se desecha o se transmite. Y ellos eran transmisores de todas las emociones que cabían en sus cuerpos.

La luna era su lámpara ahora. Un tímido airecillo les refrescaba la piel, antes sudorosa. Le quitó el vestido sacándoselo por la cabeza. No había sujetador... *¡Fuera las bragas!*... exclamó.

Ahora sí, pensó, ahora mi cuerpo desnudo caliente sí puede jugar serpenteando sobre el tuyo, mi vida. Ahora sí puedo ver el placer en toda tu piel y reír a gusto oyéndote suspirar.

Susurró... *Me vuelves loco...* repetía... *¿Qué me haces tú?...*

...*En francés...* le pidió ella ...*háblame en francés...*

Se creía morir cuando escuchaba de su boca aquel idioma. Le entendía, sí, pero a veces sólo le escuchaba y disfrutaba del goloso sonido. Otras, gozaba imaginando las ideas que él le sugería. Si hubiese sido un hombre, qué problema, habría eyaculado sin remedio. Suspiró de alivio, agradeciéndole a la vida ser una mujer y poder recomenzar tras el primer orgasmo con el mismo ardor, con la misma lujuria. Podía sentir uno, después otro y nada pasaba, salvo el milagro de volverse más elástico y dócil el camino por el que él se deslizaría después, con su miembro al que había puesto nombre y apellidos. No había

momento que más le gustara. Si alguien le hubiera preguntado cuál era su momento favorito, habría dicho sin dudar...*éste*. Este momento en el que se sabía bajo él, el momento en que su lengua requería sus orejas, las más grandes y feas que había visto nunca, las más adorables. ¡Si se las hubiera podido llevar como recuerdo! El momento en el que abría sus piernas, esperando a que él entrara en ella, lentamente, como si fuera la última vez, así quería sentir aquel momento y llevárselo para siempre.

Toujours... le escuchó decir en francés, porque sólo en su primer idioma puede hablar un hombre durante ese mágico momento.

Le recibió suave, mojada. El se acercó, la tocó, la rozó, se preparó. Ella lo notó, ardió, gimió. El entraba en ella, mientras con sus brazos levantaba su espalda. Se sentó sobre la cama y ella sobre él, él en ella. La luna sobre los dos.

El día amanecía. El movimiento, ritmo sin música, su respiración, su voz, su aliento. La abrazó hasta hacerle daño, hasta hacerla suya. Ella se dejó apretar, apretujar, *apaparachar...* El placer con cada grito y con cada silencio.

De repente, él interrumpió su movimiento. Ella le miró anhelante, suplicante para que siguiera, respirando acelerada. Intuyó que una nueva idea había surgido en su mente. Lo aceptó y esperó. El se irguió en su interior, la tumbó de nuevo sobre la cama abrazándola. Ella se enganchó a él, lo rodeó con sus muslos, lo atrapó. Le pidió que cerrara los ojos y ella lo hizo mientras abría la boca. Entonces él, comenzó a bailar dentro de ella, cada vez más fuerte, cada vez más sabio. Ella también reía. Abrió los ojos para mirarle, pero él se los tapó con su lengua que buscaba sus párpados con desasosiego. Toda su cara húmeda por sus labios que la besaban intentando comérsela. Ya no supo si lloraba o reía. El tampoco. Si hubiesen podido tragarse el uno al otro, lo habrían hecho. Hasta que el cuerpo de él, bañado en sudor, descansó manso sobre ella y sus ojos abiertos y llorosos, que miraban el primer reflejo de sol del amanecer en Roma. Desde muy lejos y como un regalo divino, se escucharon las notas sangrantes de una guitarra española. El regalo inconsciente de un compatriota. Su María, sonrió.

Regresó de repente ante el helado derretido. El camarero de los vaqueros gastados le metía prisa con un ademán de sus manos italianas y una sonrisa traviesa de romano ligón. Cogió la cuchara y empezó a comer, estaban buenísimos los dos. El agua de la fuente le susurraba una canción de Santana salpicada de arrullos de palomas y un gato tumbado sobre un charco agitaba su cola, jugueteón. El centurión romano emulaba la lucha con un turista alto y rubio de piel rosada. La sombra del Panteón con sus columnas de piedra fría seguía allí abajo, al fondo de la plaza. Entonces lo imaginó sin darse cuenta, en tan sólo un instante decidió qué respondería si alguien le preguntara cuál era su momento favorito.

Quiero darte las gracias por haber leído este cuento y confío en que te ha gustado y lo has disfrutado. Por ello, quiero pedirte un favor, pon un comentario en Amazon para que otros puedan saber tu opinión. Vuestras críticas me ayudan mucho a conocer vuestros gustos. GRACIAS.



Mar Cantero Sánchez, nacida en Madrid, es escritora y coach personal, creativa y literaria. Articulista en las revistas Objetivo Bienestar (Planeta), COSMOPOLITAN, Psicología Práctica, y Piensa es gratis. Autora del texto de *“El kamasutra de Pídeme lo que quieras”*, diario erótico basado en la afamada trilogía de Megan Maxwell. Ha publicado novela romántica, erótica, novela negra y autoayuda, en España y en otros países.

Más información sobre la autora en su nueva página: www.marcanterosanchez.com

Otros títulos de la autora de género romántico, chick lit, y erótico:

. Hay vida después de ti... ¡Y es genial!

De Profundis Ediciones

VER LIBRO: <http://goo.gl/51LhFg>



¿Y si no estás tan enamorada como creías? Jose es madrileña, se casó muy joven y no es feliz. Quiere tener un hijo, pero no sabe si sigue enamorada de su marido, Eduardo. Pero a él, los niños le dan alergia. Rosana es sevillana, es una romántica y su novio acaba de dejarla por otra mujer. Cree que está enamorada de Mel, y le cuesta aceptar que se lo haya quitado la tonta de Amalia, su compañera en la perfumería. Ambas son primas políticas, se conocieron de niñas y no han vuelto a verse. Se reencuentran en Sevilla y empiezan a tener sentimientos que no saben cómo manejar. Juntas descubren que el amor puede ser muy diferente a lo que han conocido hasta ahora. **¿Seguirán como hasta ahora o se arriesgarán a empezar algo nuevo?**

Las lectoras y bloggers han dicho:

“Genial, divertida, ingeniosa, romántica, no imagino a nadie que pueda no gustarle.”

“Hacia tiempo que no disfrutaba tanto al leer un libro. Bueno, al bebérmelo.”

“Va un paso más allá en cuanto a novela chick lit se refiere.”

“¡No paro de reírme! Maravillosa, sus personajes te hacen estallar a carcajadas cuando menos te lo esperas.”

“Un auténtico tema para la reflexión, acompañado de momentos divertidos y de frases muy acertadas.”

“Un libro genial que recomiendo a todo el mundo.”

. RESET LOVE (Reiniciando el amor)
Ed. GRAM NEXO

VER LIBRO: <http://cort.as/V6td>

Booktrailer: <https://youtu.be/e6v0Tf1bRfo>



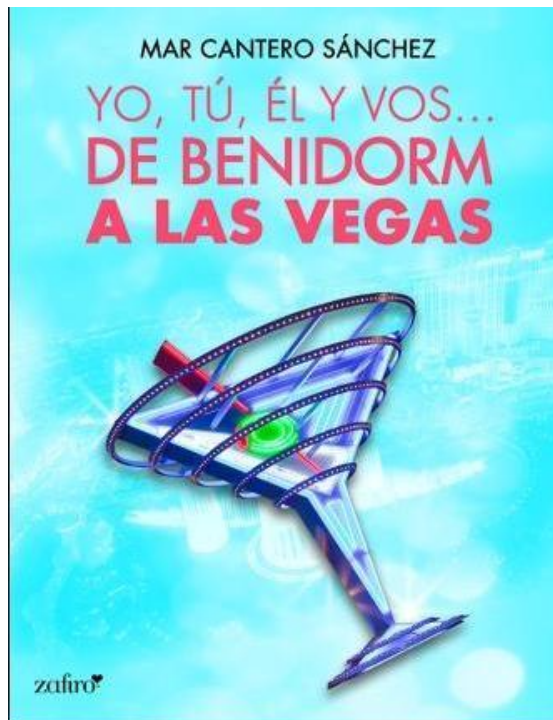
Madrid, siglo XXII. India es la sobrina de Alberto y él cuida de ella desde que sus padres murieron en un accidente. Ya tiene diecinueve años y, a pesar de la diferencia de edad, entre ellos, nace una pasión que no podrán eludir, pero él es un hombre especial, un recuperado de la muerte, gracias a la tecnología del siglo en el que viven. Sexualmente, el comportamiento de Alberto también es diferente, su forma de expresar su sexualidad es más la de una máquina que la de un ser humano, pero gracias a la pasión que siente por ella, podrá expresarse como el hombre que es en el fondo. Pero hay una cosa que preocupa a Alberto y es descubrir quién o qué es en realidad. India le ayudará a desvelar el secreto mientras se enamoran uno del otro de una forma completamente inevitable. ¿Lograrán que la humanidad les permita ser libres para amarse?

. YO, TÚ, ÉL, Y VOS... (De Benidorm a Las Vegas)

Zafiro Ebooks / Grupo Planeta

VER LIBRO: <http://cort.as/V6tR>

Booktrailer: <https://youtu.be/RAsf2coGPbk>



Una novela de amor y humor, chispeante, divertida y ocurrente...

Sibila vive en Benidorm, es escritora y tiene dos sueños: ver sus libros en las librerías y encontrar el amor verdadero. Mientras admira unos zapatos de lujo en un escaparate, llega a la conclusión de que está harta de ser pobre. Es cuando decide abandonar las letras para pasarse a lo que ella llama «el lado oscuro», el de la imagen. Entretanto aparece Nahuel, un argentino guapo y rico que cumple todas sus expectativas como Míster Perfecto. Con él se traslada a Las Vegas, donde comenzará una nueva vida, pero tras la felicidad se esconden nuevas tentaciones que harán tambalear su corazón, como Poppy Wills, *pop star* y la persona más arrogante y creída que ha conocido nunca. Sibila se debate entre dos hombres apasionantes y apasionados.